

## La muerte de Jesús

Mateo 27.50; Marcos 15.37;  
Lucas 23.46; Juan 19.30

*«Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró»  
(Lucas 23.46).*

¿Qué tiene el cristianismo que no tienen las demás religiones, y que no pueden tenerlo? ¡A Jesucristo y Su cruz! Dios no puede salvar ni salvará al hombre sin el sacrificio que Jesús hizo por nuestros pecados. Para los que viven en Cristo, el juicio ha sido resuelto. Para los que viven fuera de la salvación, el juicio todavía ha de venir.

Hay quienes hablan de «gracia barata»; sin embargo la «gracia barata» no existe. La gracia no pasa por alto, ni olvida, ni abroga la ira de Dios. La gracia absorbe la paga, la pena y el castigo del pecado. Todo pecador y todo pecado es castigado, o en Cristo, o en el infierno. Todo lo de Dios está en Cristo; no hay ninguna bendición espiritual fuera de Este (Efesios 1.3).

### JESÚS MURIÓ

Dios, por ser Dios, no puede morir; ¡sin embargo, Jesús murió! En relación con Su muerte, nosotros debemos

conocer *el hecho* de que Él murió y *la razón* por la que Él murió (por nuestros pecados). Muy a menudo el enfoque se hace solamente *en cómo* murió.

Sabemos que Pilato se asombró de cuán rápidamente murió Jesús (Marcos 15.44). A pesar de ello, no tuvo duda alguna de que estaba muerto. A los otros dos que fueron crucificados con Jesús hubo que quebrarles las piernas para apurar su muerte (Juan 19.31–34). En vista de que el Espíritu Santo inspiró al autor del evangelio para incluir esta información, Él debió de haberla considerado importante para que nosotros la conociéramos. Él deseaba que estuviéramos seguros de que Jesús en realidad murió.

Hay quienes creen que Jesús murió por el agotamiento. Se había privado de sueño, apenas le habían dado de comer y había sido brutalizado tanto en el tribunal judío como en el romano. Un erudito llegó a la conclusión de que Jesús caminó poco más de cuatro kilómetros durante estos juicios. No olvide los severos azotes. Agotado, Jesús ya no pudo cargar Su cruz.

Otros creen que Jesús murió de un corazón destrozado. Él sufrió disminución física y agotamiento emocional. Jesús estaba recibiendo la santa ira de Dios que se derramaba sobre Él. Un apóstol lo había traicionado, otro apóstol lo había negado, y el resto de los apóstoles, con la excepción de Juan, habían desertado de Él. Hablando humanamente, Jesús había quedado solo. «A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron» (Juan 1.11).

Aun otros creen que Jesús murió de una ruptura del corazón. Su rápida muerte parece indicar un evento catastrófico terminal.

Pocos hombres fueron maltratados más que Jesús. Haya muerto de ruptura cardiaca o de falla cardiopulmonar, lo cierto es *que* murió, no *cómo* murió. Los guar-

das romanos no dejaban a sus víctimas sino hasta estar seguros de que se había producido la muerte. De hecho, ¡Jesús murió!

### JESÚS MURIÓ POR MÍ

La Biblia jamás dice que Cristo vivió por nosotros, ni que trabajó por nosotros; sin embargo, la Biblia sí dice categóricamente que Jesús murió por nosotros. Isaías dijo que fue molido por nuestras iniquidades (Isaías 53.5). La cruz brinda la solución de Dios al problema del pecado.

Pilato jamás hubiera liberado el cuerpo para ser sepultado si no hubiera estado seguro de que Jesús estaba muerto (Marcos 15.44–47). Jamás tuvo duda de que Jesús estaba muerto. La muerte de Jesús es histórica (este es un concepto abstracto). La muerte de Jesús por mí es personal (esto es salvación). No basta con creer que Jesús murió; ¡debo creer que Jesús murió por mí! Todo lo que Jesús hizo en la cruz, ¡lo hizo por mí! ¡Dios me ama y me quiere (Juan 3.16)! Cántelo... Dígalo a gran voz... «¡Tengo un Salvador!».

Recuerde esto: Predíquese el evangelio a sí mismo todos los días. Fue necesaria una cruz para salvarlo; es necesaria una cruz para mantenerlo salvo. Reflexione sobre la soberanía de la gracia.

Uno no puede ganar la gracia; es un regalo.

Uno no puede comprar la gracia;

no está a la venta.

Uno no puede merecer la gracia; nadie la merece.

Uno no puede pagar por la gracia, no crea deuda.

La gracia lo cambia todo; ¡produce salvación!

¡Jesús murió por mis pecados (1<sup>era</sup> Corintios 15.1–4)!  
Una niña de corta edad oyó un sermón sobre la cruz.

Luego le dijo al predicador: «Usted debe de amarlo más que a nada en el mundo, porque Él ha hecho todo eso por usted». ¡Sí, lo amamos!

El amor no merecido no es incondicional; los pecadores no pueden ser salvos mientras sigan en la «provincia apartada» (Lucas 15). La salvación no es por obras de mérito; a pesar de esto el amor cristiano se expresa por medio de buenas obras (Efesios 2.8–10). El amor auténtico tiene sus exigencias; sus condiciones no son para gente pueril. El cristianismo es un don, no una ganga. Le costó a Jesús Su vida; nos cuesta a nosotros la nuestra. La gracia no es un genio que está dentro de una botella; la gracia es una cruz. El discipulado viene acompañado de un sobrecogedor precio: su vida. La preocupación de Cristo en la cruz, no fue por sí mismo, y nosotros hemos de seguir este ejemplo de desinterés.

¿Quién crucificó a Cristo? ¡Yo lo crucifiqué! ¿Quién clavó a Jesús en la cruz? ¡Yo lo clavé! ¡No podremos entender lo que Cristo hizo por nosotros, sino hasta que entendamos lo que hicimos para causarlo! El pecado es rebelión espiritual. Es nefasto y nos separa de Dios (Isaías 59.1–3). Cristo hizo por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer por nosotros mismos. Sin Cristo, solo nos queda morir en nuestros pecados. Pedro acusó a sus oyentes de haber matado a Cristo (Hechos 2.22–36). Ellos habían hecho esto materialmente; nosotros lo hemos hecho espiritualmente. Debemos entender la seriedad del pecado para recibir la gloria de la gracia. Si la gente no se ha convertido a Cristo, pueden creer que han intentado el cristianismo y han fracasado; en realidad, ellos no lo han intentado del todo. Para dar a usted mismo y a sus hijos un futuro, déles una cruz. La crucifixión explica la creación del mundo, nuestra vida presente y nuestro fu-

turo. Debemos recordarnos a nosotros mismos: «Debido a mí, tuvo que ser».

*La cruz...  
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.  
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados